

Pero el humor, ¿es el humor?

Todos los escritores hablaron del amor, pero muchos más aún hablaron del humor. No hay que ser menos.

Comúnmente se cree que el humor es una industria inglesa, o un medio de vida, o una característica propia de los "hombres de las islas". Idea con la cual, por otra parte, se los considera "al margen del Continente", que también es otra idea para determinar las zonas de influencia de cada grupo. No por propia naturaleza, desde luego sino por discriminación del amor propio de cada parte.

El humor es una cosa muy seria, por lo cual únicamente con las cosas serias se puede hacer humor.

Esta frase en un texto de Filosofía estaría señalada con un: "Tener bien en cuenta. Importante". En un texto policial, referido a la literatura de ese carácter, la nota sería similar: "Recuerde esto bien el lector, porque aquí está la clave del misterio".

En nuestro caso, nos animamos a decir con algo de vergonzoso envanecimiento: Este párrafo es casi redondo. Y si no lo es del todo, se debe, simplemente, a que la literatura todavía es horizontal.

Tengamos otra cosa en cuenta: imaginemos al pueblo inglés, viviendo entre ingleses tal cual se acostumbra en Inglaterra.

Imposible imaginarlos acusándose con una sonrisa, un gesto, una media palabra.

Imposible imaginarlos despreocupados de las obligaciones más o menos habituales de todos los hombres.

Los ingleses tienen negocios, ocupaciones, vencimientos, deudas, desesperaciones económicas; van al baño, duermen, practican deportes... como cualquiera otra colonia de hormigas humanas. Y un hermoso fin de semana. Un "week-end" que no se suspende por mal tiempo, como nuestros remates en lugares de inundación pero lejos de la inundación, en los cómodos salones de la firma rematadora.

Por tanto, es imposible imaginarlos tirándose graciosas pullas unos a otros por cualquier circunstancia. Simplemente porque no tienen cualquier circunstancia.

Más bien sería de creer que el humor, tal cual lo concibe la mayoría de la gente, es una "boutade" de sobremesa, un acto de digestión o un relajamiento yoga adquirido en siglos de gentil convivencia en la India. Cosa que no entendió

del todo el Mahatma Gandhi por su inveterada falta de humor. Muy simple: el Mahatma tenía digestiones pesadas, a fuerza de sus reiterados ayunos.

Desde luego que el humor es otra cosa. Es una secreción interna combinada con un estado linfático. De acuerdo a las definiciones de la medicina corresponde a la Alopátia: un resultado distinto a las causas. Opuesto. Como si dijéramos: "Déme usted un pisotón y yo le retribuiré con un gracioso juego de palabras".

Y aquí viene la realidad. Usted me pisa, yo lo golpeo (por lo menos lo empujo y le digo delicadamente "no sea animal"), usted me retribuye la gentileza y todo termina con que alguno de los dos se baje del colectivo al término del propio viaje. Después, serenamente, contamos el episodio con algunas variantes, para que quienes no lo presenciaron nos crean civilizados. Cosa que tampoco sabemos qué es. Y podríamos traducirlo: "En una frenada del colectivo un fulano me pisó, y de inmediato se volvió pidiéndome disculpas avergonzado. Y yo le dije, para salir del mal paso, que no se afligiera, pero que en el siguiente encontronazo trataríamos de cambiar de pie".

Nuestro humor patrio tiene malos antecedentes. Mejor dicho malos antepasados. Tampoco debiéramos decir malos sino desgraciados. Solís, ingenio descubridor del Río de la Plata, es fagocitado y convertido en materia deleznable por los charruas; cosa que causó tal desagrado en España que tardó un siglo en tener el siglo de oro y crear los maravillosos personajes de sus obras inmortales. Los ingleses tampoco consiguieron de entrada el libre comercio sino la derrota de sus clásicas invasiones, con lo cual Shakespeare y Oscar Wilde sufrieron evidente demora en la entrega. Los franceses, por su parte, tuvieron que mandar de contrabando el Iluminismo, y un tomo equivocado de la Enciclopedia. Claro que aquí la reacción fue todo lo inmediata que permitió semejante anacronismo, y para redimirnos ofrecimos unos tratados comerciales tan ventajosos (para ellos) que pronto recuperaron el humor.

Es decir, que el humor es toda una elaboración para la exportación. Un trabajo a solas. Tanto que si nos dedicáramos con asiduidad a practicar estos pensamientos en nuestra soledad, podría suceder que se nos escapara un buen rasgo de humor cuando nos sucede algo en la convivencia con nuestros poco queridos congéneres. Y brindarles una sonrisa. Se lo podría tener en cuenta para propender al verdadero progreso del país, que nadie sabe cómo se hace por desconocimiento de unas reglas tan simples y elementales.

A propósito de esto, ¡qué bien vendría tenerlo en cuenta para la tan buscada reforma de la educación! □

Eliseo F. Prieto